

JUAN ANTONIO GALLARDO, *DESPUÉS DEL INVIERNO (CUADERNOS)*, SEVILLA, EDICIONES EN HUIDA, 2018, 181 PP.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

Ediciones En huida es un sello editorial andaluz que desde hace años viene apostando por dar a conocer autores no consagrados, e incluso nuevos, pero siempre interesantes, en los distintos géneros literarios, y lo demuestra su catálogo en continuado crecimiento. En esa editora pequeña, aunque en enriquecida expansión, Juan Antonio Gallardo (Huelva, 1968), conocido también como «Gallardoski», ha publicado un libro de variados sesgos al que puso el título de *Después del invierno (Cuadernos)*. Residente en Sanlúcar de Barrameda, y colaborador en distintos medios de prensa de Andalucía, había estampado con anterioridad algunas entregas poéticas, y también grabado algunos discos.

Tres cuadernos comprende este libro, un libro calificado como dietario, y asimismo como diario, por quién lo concibió. El subgénero diarístico presupone

que cuanto en él se inscribe tiene carácter autobiográfico, y alcance en principio privado, y si se me apura hasta dimensión íntima. Sin embargo, cuando quien escribe va desarrollando su escritura resulta a veces que la propia escritura reconduce y sitúa lo escrito a orillas de la ficción, asomándose en mayor o menor medida al ámbito de lo fictivo. Es lo que parece suceder en no pocas páginas de *Después del invierno*.

A dichos parámetros añade el narrador otra faceta en el diarismo, la terapéutica mediante la catarsis. Desde esta vertiente se habrían originado estas páginas tuyas, en principio nacidas para conjurar su tendencia hipocondríaca. Sin embargo, una vez participadas a unos amigos tal función ya no tendría más recorrido, porque se desvirtuó perdiendo su fin inicial nada más presentir que lo escrito, como es el caso, iba a ser leído por otros. Esta

perspectiva se declara en las siguientes líneas: «La noción de dietario, confesionario íntimo, vertedero de miserias personales o literarias catarsis momentáneas se está pervirtiendo. Empiezo a tener fantasmas detrás de mí, lectores omnipresentes. Este ejercicio pierde algo cuando aparecen estos lectores, pierde, entre otras cosas, su carácter terapéutico.» (p. 177)

Esperable es que en un diario se haga referencia a cuanto le ocurre a alguien durante un período de tiempo determinado, e igualmente que lo sucedido acontezca en el contexto en el que ese alguien está viviendo, cuando no en su mente misma. Y no es menos esperable que esos acontecimientos, del rango que sean, se ofrezcan ordenados de manera cronológica. En *Después del invierno* esa ordenación temporal no resulta rigurosamente diaria, porque hay jornadas en que no aparece nada anotado, lo que no es extraño, y sucede muchas veces en obras diarísticas. La primera ocasión en la que consta un mes concreto es el de septiembre de un año sin especificar, aunque deduzco que sería 2009, pues el tercer cuaderno comienza el 1 de diciembre de 2010, y se adentra ampliamente en el 2011.

El contenido de *Después del invierno* es misceláneo, pues en el libro se incluyen composiciones poéticas, algunas de ellas micropoemas; distintas narraciones, una contando un sueño, varias en forma de microrelato; evocaciones de experiencias, algunas de la niñez, reflexiones filosóficas, algunas metafísicas, sobre la muerte, por ejemplo, otras un mero elucubrar di-

vagatorio; referencias literarias, musicales y cinematográficas; pasajes poéticos expresados en prosa, por lo común con una dimensión de poeticidad que supera las muestras que en la obra se ofrecen de poesía plasmada en verso, opinión mía ésta que acaso coincida con cierto desapego, nunca desafecto, hacia su poesía perceptible de parte del autor.

En el marco tan singular, complejo y vario, de Sanlúcar de Barrameda, van apareciendo en el libro trazos argumentales de carácter lineal que lo recorren, a la vez que rasgos caracteriológicos que contribuyen a mostrar el atípico perfil de quien lo protagoniza. Es éste un hombre que ya ha entrado, pero no mucho, en los cuarenta, y cumple años cada cinco de julio (p. 107). Los 42 los habría alcanzado en 2009, pero ya en abril del año siguiente el narrador contabiliza un año más, diciendo que tiene 43 (p. 134) con bastante tiempo de anticipación. Estas fechas cuadran con la biografía de Juan Antonio Gallardo si se considera que, nacido en 1968, como se dijo al principio, en las fechas recién citadas su existencia había sobrepasado ya las cuatro décadas. ¿Estado civil? Casado y con una hija habida en el matrimonio. ¿Ocupación? Empleo en las oficinas de una fábrica, pero con determinadas capacidades ejecutivas que no se determinan. La empresa, como tantas en tiempos de crisis, se halla en una encrucijada, la de su probable desmoronamiento.

Sigamos: se desplaza en moto y actúa en una banda como guitarrista. En el mundo musical prueba a ser cantautor, y

por ende escribe letras para cantar y les pone música. Su devoción por la lectura es tanta que en el libro constan pruebas numerosas de que estamos ante un lector empedernido, y de espectro amplio. Con todo, entre el diversificado bagaje de escritores a los que alude directa o indirectamente, y entre los que no puede olvidarse a Fernando Pessoa, destacan en primer lugar figuras hispánicas consagradas, como el peruano César Vallejo, y los españoles Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, y Federico García Lorca.

En *Después del invierno* se otorga no menos relevancia a escritores posteriores al 27, y pertenecientes a la pretendida generación de 1936, como Gabriel Celaya, al medio siglo, como Caballero Bonald, y Carlos Edmundo de Ory, y a la leva literaria de los setenta, como Manuel Vázquez Montalbán y Leopoldo María Panero. Con uno de los enumerados tuvo un encuentro que se recuerda en el libro. Me refiero al jerezano Caballero Bonald, a quien visitaría en su casa de Sanlúcar de Barrameda como suele hacer un principiante en lides literarias a un escritor de indiscutible renombre y magisterio.

En la idiosincrasia del diarista sobresale un talante desenfadado y descreído, propenso al autoanálisis sistemático, al humor, a veces cáustico, y a la ironía, de la que no se libra ni él mismo. En más de una oportunidad, el distanciamiento irónico sobre su persona y su obra cobra visos de auto-ridiculización. Un rasgo muy llamativo es el irrefrenable decanta-

do rupturista, rasgatópico, desmitificador a mansalva, emprendiéndola de manera compulsiva contra tirios y troyanos, y mostrándose irreverente con la escritura propia. En este punto su escritura se hace más atractiva, sazónándose con una gran capacidad de observación y un indisimulado gracejo.

En no pocas obras narrativas acostumbramos a asistir a un *crescendo* en el relato en virtud del cual se lleva a los lectores al término del libro aumentando el interés por leerlo a medida que se avanza en la lectura. Pero este diseño no se ajusta a la historia que se va explicitando en *Después del invierno*, cuyas coordenadas las preside un factor decreciente: la empresa donde trabaja el protagonista se va yendo a pique, y con ella el ciclotímico narrador se va viniendo abajo también. Lo apreciamos conforme uno se adentra en el cuaderno tercero, un cuaderno en el que hay mucho contenido retrospectivo, y en el que predominan pesadumbres, una de ellas la muerte del padre sin haber podido hablar hondamente con él por imponderables de una ruptura familiar. Estos pesares tiñen de melancolía este cuaderno final, y contrastan con el optimismo y la alegría que transmite el cuaderno del comienzo. Aquel hombre tan dinámico del principio y que tantas veces nos hizo sonreír con su manera de ver las cosas y con su campechanía se va mostrando cada vez más pesimista, se va sintiendo un perdedor, convirtiéndose en el prototipo patético del individuo derrotado, acaso en metáfora simbólica, tanto él mismo como su em-

presa, de una sociedad, la andaluza y por más señas gaditana, y de una España que pudiera interpretarse que se encuentra en una situación más bien crítica, en una deriva desde lo que fue a lo que no se sabe qué va a acabar siendo.

La forma, en no pocas ocasiones descarnada, con la que el narrador expresa lo que ocurre, y lo que le ocurre en sus avatares cotidianos, proyecta sin duda en *Después del invierno* una imagen de veracidad real. Empero, no se olvide que las páginas de este libro diarístico se han constituido también como obra literaria. Y en tanto que texto de literatura el sujeto que las protagoniza va desarrollando un yo casi análogo al de Juan Antonio Ga-

llardo, pero sin ser enteramente él mismo. Sucedió que el contenido biográfico sufre un proceso de modificación en virtud de la escritura y por mor de la propia autogénesis creativa.

Que sea o no cierto lo que en esta obra se lee, poco importa. El procedimiento de continuada autorreferencialidad utilizado por el narrador no conlleva que ese yo que va desfilando por el libro y lo acarrea no sea una construcción, y por ende su realidad fuera del texto siempre será menos pertinente apreciarla que el hacer aprecio de la realidad efectiva resultante en ese mismo texto. Y desde este punto de vista, *Después del invierno* es una obra literaria por momentos fascinante.